

LAS UBÁRRY

Óscar Liera

Personajes

HIJA

MADRE

La recámara no podía ser más elegante ni decorada con mejor gusto, diría Rina. Cada uno de los elementos decorativos lleva inmerso en sí lo que representa, esto dicho en otras palabras sería: “Señores, todas estas piezas son auténticas”. Frente al espejo de biselados límites contenido en el marco art-nouveau—lago puro durmiendo entre el paisaje antojadizo—se refleja la cara marchita de la madre. Es como un espectro fantástico sobre los sueños del lago.

Las manos de la hija van y vienen sobre aquel rostro marchito llevando y trayendo entre los dedos los colores y los polvos. Ante la seguridad de encontrarnos con piezas auténticas, podríamos cuestionarnos sobre la autenticidad de aquellos dos seres absortos en un proceso de cambio que llamamos maquillaje. La madre ha dejado su rostro

en manos de su única hija para que lo cambie; y como si la muchacha también tratara de cambiar algo en el interior de la madre, habla:

HIJA: Recuerda que eres una Ubárry, tú me lo enseñaste y me formaste haciéndome sentir muy orgullosa de ello.

MADRE: Los Ubárry fueron grandes...

HIJA: Somos.

MADRE:...Y poderosos... ¡Muchos temblaban ante el nombre nada más!

HIJA: Todavía quedan muchos que nos temen.

MADRE: Mi abuelo mató a muchos sin compasión. Él sabía lo que hacía... y los curas siempre lo perdonaban. Dios lo tenga en su compañía.

HIJA: ¿Y qué? Aquí estamos gastándonos; tú en recuerdos, yo en lamentos.

MADRE: Yo en lamentos, tú en recuerdos: gastándonos.

HIJA: Ayer hizo ya tres meses.

MADRE: Tres.

HIJA: Tres meses son apenas noventa y dos días.

MADRE: Y dos días.

HIJA: Y en un momento me enterraron los puñales. Mientras tú dormías entraron despacito buscando el calor de mis entrañas y allí holgaron.

MADRE: Tres meses que no dormimos, noventa y dos días que lloramos, que pensamos.

HIJA: Gastándonos, gastándonos...

Y como si la voz también resintiera ese gastarse se fue apagando mientras buscaba un refugio en las profundidades del ser. Todo se sometió al silencio y se abrió una pausa como grandes fauces que lanzaban un bostezo apagado.

HIJA: ¡Pero vas a quedar muy hermosa!

MADRE: Tienes que esconderme sesenta y dos años con tus colores.

HIJA: Es lo que hago, saldrás como una hermana mía, nadie imaginará siquiera que soy tu hija. Te verán los hombres en la plaza y me dirán: ¡Adiós cuñada! Y recuerda: tiene que ser cualquiera, no importa cuál

sea.

MADRE: ¡Soy una Ubárry! ¡Jamás permitiré manchar nuestra casta; es nuestra sangre la que manda!

HIJA: Es, también, nuestra única posibilidad. Estamos solas, no lo olvides, solas en el mundo.

MADRE: Es que soy ya muy vieja...Deberíamos consultar primero al médico para saber...

HIJA: ¡No vamos a consultar a ningún médico! ¡Los odio a todos, los odio!

Tal pareciera que los médicos habían salido de algún otro lago durmiente, y esta visión atrajera las miradas de la muchacha impidiéndole continuar con su labor y produciéndole una espuma amarga que brotaba de los dientes y la lengua hasta llevarla al escupitajo forzado.

HIJA: ¡No tienen ningún derecho, qué les importa que me muera! ¡Es mi decisión; ustedes y su moral, yo la mía, es mi vida y es mi muerte...!

MADRE: No debes hablar así, eres una muchacha inmadura...

HIJA: ¡Tú cállate! Tú has dejado que me destacen, no te importó dejar extinguir en las manos de esos al último de los Ubárry.

MADRE: Tienes que ser consecuente. Ya todo ha pasado, son mandatos de Dios.

HIJA: ¡¿Cómo puedes hablar así María Dominga Ubárry?! ¡¿Cómo puedes hablar así cuando hemos comprado tantas veces la voluntad divina?! ¿No fue una vez tu madre y se compró al cura para que no confesara ni diera la extremaunción a doña Cándida antes de que muriera? ¿No compró así la eterna condenación de su peor enemiga?

MADRE: Pero la Iglesia ha cambiado, ya no es como antes. Ahora Dios está más cerca de nosotros...

HIJA: Razón de más para que nos oyera. (Pausa.) Dios mío perdóname; de lo que dudo no es de tu poder infinito; sino de que tu bondad sea infinita.

MADRE:(Como llegada de otro mundo.) Podría buscar en los archivos de la casa; mi padre pudo haber regado más hijos por allí, o en las

cercanías de Batomet. A veces duraba mucho tiempo sin venir a la hacienda...

HIJA: No sé de dónde sacas esas ideas tontas, recuerdo perfectamente el orgullo que distinguió a nuestros engendrados del resto de los hombres, recuerda bien lo que siempre decían: “Nadie más de los que somos puede ni debe tratar de ostentar el apellido de los Ubárry”.

MADRE: Como si en este momento los oyera...

HIJA: Nunca uno de nuestra sangre lo hubiera hecho y tú, en todas tus semillas, me sembraste esta frase.

MADRE: Tal vez sea una debilidad, una nueva esperanza que brota y que se inflama con la desesperación.

HIJA: Tal vez sea eso: debilidad. Debilidad. Pero no podemos flaquear en nuestro empeño. Los Ubárry no van a desaparecer y tú te vas a encargar de ello.

Ésta es la orden, ésta la misión y sobre ella vuelve la hija a su labor.

Retorna a maquillar a la anciana mientras se va llenando de una extraordinaria dulzura.

HIJA: Siempre debiste usar sombras azules sobre los párpados, te llenan de luz las pupilas y se te ven más brillantes; son como dos lunas enfermas de frío.

MADRE: Hoy no volvió el veterinario a las cuatro para checar a los canarios.

En todo el día sólo vino tres veces. Es un irresponsable, creo que tendremos que llamar al que atendió a los zenzontles el año pasado. ¿Recuerdas? No se les despegó de la jaula hasta que los dejó completamente restablecidos. ¡Y cómo te miraba!

HIJA: Debí haberme acostado con él.

La madre se levanta con violencia de la silla y le da un manazo con furia a aquel rostro precioso de la hija. Ésta trata de curar el ardor con la frescura de su mano. Los ojos de ambas no han cesado de vigilarse, se

ven con intensidad, nada se mueve en ellas más que las miradas que van y vienen brincando la nariz. El silencio las hace cómplices del peor de los deseos, pero también las hace conscientes de su soledad, y, poco a poco, la madre se va acercando hasta que las dos cabezas llegan a tocarse, entonces, se abrazan, lloran y se besan.

MADRE: ¿Cuál vestido vas a querer que me ponga? ¿El café?

Saca un elegante vestido café, lo coloca cuidadosamente sobre el que trae puesto y comienza a modelar con gracia. Lo arroja de pronto sobre una cama y saca otro.

MADRE: O este verde. ¿Te gusta? Ya puesto se ve mejor. Mira esta caída que tiene. HIJA: Es muy bonito pero no me gusta para la ocasión.

MADRE: ¿Quieres que me ponga uno de los trajes sastre?

HIJA: No. Quiero que te pongas algo más alegre.

MADRE: Más alegre, más alegre...ya sé: el rosa.

HIJA: No mamá, tengo en la mente desde hace tiempo un vestido amarillo que tiene por aplicaciones unas florecitas blancas de encaje de

Bruselas. ¿Recuerdas? Muchas florecillas sobre el amarillo.

MADRE: No estarás pensando en el que llevé al bautizo de la niña de los Villamayori. HIJA: El mismo.

MADRE: No es propio de mi edad, ya soy una vieja de sesenta y...

HIJA: Tienes que pasar por una señora de treinta y tres años. Olvida de una vez por todas tu edad. Serás mi hermana mayor.

MADRE: ¿En dónde estará ese vestido? Sólo me lo puse dos veces. Era muy bonito. HIJA: Es muy bonito.

MADRE: ¿No lo habré regalado?

HIJA: No.

MADRE: Habrá que buscarlo. ¿En qué condiciones estará?

HIJA: Está en muy buenas condiciones y en muy buenas manos, lo mandé a la tintorería. Tengo que hablar en este momento para que me lo manden cuanto antes. (Va al teléfono.) Bueno, ¿a dónde hablo? Gracias. Señorita, hablo de parte de la señora Ubárry para preguntar si ya está el vestido que envió esta mañana con carácter de urgencia. Sí, cómo no. (A

la madre.) Te vas a ver preciosa, sólo te mirarán a ti, y yo me sentiré orgullosa de ir a tu lado.

MADRE: Pero tendremos que salir casi a escondidas para que no nos vayan a ver los Guzmán Chaytes; son muy hablantines. También los de la Quinta Victoria; esos siempre andan husmeando por los jardines...

HIJA: (A la madre.) Espérame. (Al teléfono.) Dígame, sí, está muy bien señorita, entonces mándemelo inmediatamente aquí a la casa de la señora. Sí, sí, gracias, muy amable. (Colgando el audífono.) ¿Qué te hiciste en el ojo? (La madre toma una actitud completamente pueril, como si fuera ella la hija, una hija mimada que se enfrenta a la madre enérgica.).

MADRE: Me tallé el ojo porque me ardía mucho.

HIJA: ¿No ves que te has estropeado todo el maquillaje?

MADRE: No me acordé en ese momento, sólo sabía que me ardía como si tuviera una aguja que me estuviera picando el ojo despacito, despacito y me tallé porque me hacía daño: la aguja.

HIJA: ¡Eres una inconsciente! ¡No eres capaz de ningún sacrificio! ¡Eres

tú a quien se le ha asignado el papel de sacar adelante a la familia y todo lo detienes porque te ardía un ojo! ¿Qué será cuando se te pidan sacrificios más grandes? ¿Si yo no hubiera estado aquí te hubieras lavado la cara? ¡Contesta!

MADRE: Sí.

HIJA: ¿Por qué? ¿No sabes contestar? ¿No se te dio, aparte de la vida, un lenguaje? ¿No se te limó toda aspereza para que supieras comunicar debidamente tus pensamientos?

MADRE: Sí.

HIJA: ¿Entonces por qué no hablas?

MADRE: Pues...

HIJA: ¿Pues qué? A veces quisiera conocer alguna de esas expresiones vulgares que usan los barbajanes para decírtela a ver si así descanso.

MADRE: Perdóname, perdóname, estaba desesperada...ese vestido me trae recuerdos terribles. La última vez que lo usé, tú eras una niña apenas, reñí fuertemente con tu padre; fue entonces cuando decidimos separar nuestros lechos. Pienso que pude haber tenido más hijos, pero el

orgullo nos separó más y más y más hasta que volvimos a hablarnos de usted...

HIJA: ¡Perfecto! Será una reconciliación con la naturaleza.

MADRE: Sí, como un amuleto. Y yo iré por las calles envuelta en mi amuleto. ¡Qué porquería somos!

Como si el haberse reconocido parte de la hez humana la hubiera hecho reconciliarse con las fuerzas cósmicas, abandonó todas las tensiones de su cuerpo, soltó, uno por uno, los músculos y únicamente permitió una franca sonrisa que más tarde se le fue escurriendo por la comisura de los labios. Con reconocimiento a la actitud de la hija se fue acercando a ella, la tomó por los hombros, le besó los labios y reconfortada siguió hablando.

MADRE: Has hecho muy bien en reprenderme. Me has hablado como toda una Ubárry, me siento muy orgullosa de ti. Me has hecho reaccionar y he tomado conciencia exacta de las cosas. Eres una mujer madura, éste es el momento en que puedes ser una madre perfecta.

Hasta que terminó la frase la madre se dio cuenta del gran error que había cometido, en ese preciso momento comenzó de nuevo a deshacerse en sí misma, mientras que la hija, que había alcanzado la significación total de las palabras de la madre, sufrió un intenso dolor y sin poderse controlar se convirtió en un terrible monstruo: la exasperación.

HIJA: ¡Pero nunca podré, tú lo sabes! ¡Tú permitiste que ellos me acuchillaran aquí y me arrancaran a mis hijos antes de ser engendrados! ¡Y tú pudiste haberles detenido la mano y decirles: qué crimen cometen, van a desarraigar la esencia de una mujer! ¡Y tú sabías que era lo que más necesitaba: ¡un hijo! ¡Un hijo! ¡Y cada vez que cierro los ojos sé que no lo podré tener! ¡Y cada vez que respiro me acuerdo que han asesinado a los hijos que me esperaban y que yo también esperaba! ¡Un hijo, tan sólo uno! ¡Un hijo que no me dejara agotar en la existencia, ni en esta soledad!

MADRE: (Grave.) Pero ya no tenía remedio nada, había que hacerlo. Te vieron muchos médicos, especialistas...

HIJA: ¡Pues hubieras dejado que me pudriera junto con mis semillas pútridas! (Pausa.) Ahora comienzo a secarme en mí misma. Es como si hubieras permitido que mataran en mí todo lo que podría llenarme de flores por dentro. Y lo más terrible es que soy la última portadora de la sangre más pura de los Ubárry. Y no habrá más descendencia, nos vemos amenazados a quedar exterminados. Exterminados los Ubárry.

Los Ubárry se acabaron. ¡Nunca nos lo perdonarán nuestros abuelos!

MADRE: A veces pienso que nosotras cargamos todas las culpas de nuestra estirpe. Es como si todos sus yerros se materializaran y tú y yo tuviéramos que cargar siempre con ellos; si voy al comedor los llevo, si voy al jardín los llevo, y cargo las paredes, sostengo el peso de los techos...

HIJA: Es un precio muy caro madre, pero nosotras, como ellos, elegimos consagrarnos a la familia.

Un, casi, eterno silencio se interpone entre ellas, pesado como las culpas. Pero de pronto brilla en los ojos de la hija la posibilidad que aún queda en la madre y rompe con alegría el silencio.

HIJA: Ahora tienes que sentarte para que te corrija el maquillaje de los ojos y para que termine de pintar tu boca. A ver, cierra los párpados. Vas a lucir como el día familiar que celebramos en casa de Martha Angélica.

MADRE: Era yo ese día la mujer más bella del mundo. Me sentía la esencia de la belleza y me gustaba desparramarla sobre las miradas de quienes me veían. Tu padre se sentía muy hombre a mi lado. Era como si mi belleza de ese día le diera a él mucha seguridad, y a tus abuelos también, y a todos los que admiraban a los nuestros...

El sonido del timbre corta de pronto los recuerdos aquéllos.

HIJA: Debe ser la tintorería.

(Asomándose por una de las puertas grita.)

¡Amelia! Por favor recoja el vestido de la señora y déjelo con mucho cuidado sobre el sofá del saloncito. Ofrézcale algo de tomar al mandadero para que pueda volver a cruzar el jardín sin fatiga. (A la madre.) Te vas a convertir en un sol.

MADRE: ¿Qué hora es?

HIJA: Ahora han de ser las seis y media.

MADRE: Ya comienzo a ponerme nerviosa, tengo miedo de que me rechacen de nuevo, ayer se rieron de mí...

HIJA: Nunca has salido de esta casa. ¡Recuérdalo, nunca! Tus padres te tenían encerrada y no conocías el mundo. Esa tiene que ser la historia.

MADRE: Es que ya tenemos casi tres meses saliendo a buscar y no hemos encontrado nada todavía.

HIJA: ¡Te he dicho que en nuestra familia sólo hay ayeres gloriosos! No tienes por qué recordar nada, te ordené que fueras olvidando cada día; cada día; cada uno es nuevo, y tú borras tus cosas al acostarte, y únicamente tendrás derecho a recordar cuando hayas concebido un hijo en tu vientre. Hasta entonces podré dormir tranquila. Entonces me

ocuparé solamente en cuidar tu vientre, y en ver cómo te vas llenando de vida, y cómo dentro de ti, en tus profundidades, comienza a gestarse la salvación de nuestras vidas y la paz eterna que necesitamos para morir tranquilas.

MADRE: Y yo seré madre otra vez, y tendré un hijo, un varoncito; un hombre.

HIJA: Y yo seré la criada de ustedes, la esclava de esa criatura salvadora. ¿Te aseaste el cuerpo como te indiqué?

MADRE: Sí, cuidadosamente, como si fuera a parir. Dejé un rato el agua tibia sobre mi vientre y llené de rosas la tina, después me sequé con los algodones que me trajiste y me ungué con loción de yerbabuena.

HIJA: Ahora te pondrás el vestido.

La hija sale un segundo y entra con el vestido en los brazos, lo trae con mucho cuidado, como si trajera un niño recién nacido. La madre toma el vestido-niño entre sus brazos, se queda mirándolo fijamente. Lo recuerda todo perfectamente, comienza a acariciarlo con suavidad y, de pronto, en un arrebató de locura lo tira al suelo. Casi pierde el control de sí misma e

instintivamente comienza a protegerse el vientre con los puños apretados.

MADRE: ¡No saldré a hacer el ridículo! No saldré, los hombres se ríen de mí. Se ve claro que es a ti a quien ellos prefieren. A mí ni siquiera me miran, me gritan suegra, madrota...

HIJA: ¡No pronuncies esas palabras de placeros!

MADRE: Es que no puedo continuar en este ridículo. ¿No entiendes que ellos prefieren una joven? Quieren una mujer que les abra las piernas y ellos sólo miran las tuyas. HIJA: ¡Pero yo estoy seca! ¡Yo no sirvo para eso! ¡Sólo puedo ser puta, sólo podré ser eso!

MADRE: Es que yo ya estoy muy vieja.

HIJA: No hermana, tienes apenas treinta y tres años, no lo olvides: treinta y tres, recuérdalo.

MADRE: No sé si aún sea fértil...

HIJA: No te importe, tú inténtalo. Tienes que intentarlo con todos los

machos que puedas. (Busca un tono dulce.) Ahora tienes el vestido amarillo...

Lo recoge y se lo da, con la misma ternura de antes, a la madre. Ésta lo recoge y recoge la ternura y comienza a meterse en él con suavidad mientras la hija sigue hablando.

HIJA: El de la suerte, el de la reconciliación con la naturaleza. Para los demás será sólo un vestido nuevo con sus flores blancas, con sus flores blancas entre tu talle más que nunca fértil. Y te verán los machos, con sus simientes guardadas, te verán como el día de la fiesta familiar cuando te convertiste en la esencia de la belleza, y volaban tus cabellos, y volaban tus manos por el viento. Y todos te desearán y tendrán que hacerte concebir un hijo, y allí estará nuestra felicidad, cuando entren en ti y depositen con desespero las semillas, cuando tus óvulos se impregnen de células masculinas. ¡Es muy sencillo volver a ser felices! ¡Ves? Es muy sencillo. ¡Qué hermosa estás, qué hermosa! (Transición.) Es tarde, tenemos que irnos. Recuerda que tiene que ser un hombre

joven, y le pedirás que acaricie con amor tu vientre. Se lo pedirás porque tienes que eternizar la estirpe de los Ubárry y porque tenemos derecho a la paz.

Las dos mujeres van saliendo por entre el público viendo a los hombres que han asistido a la representación y tratando de que se fijen en la madre quien se verá ridícula con el maquillaje y el vestido que lleva. Todo es en silencio, silencio como la condena silenciosa a la que han sido entregadas.

1975

PUEDE NO HABER TELÓN